

Conclusión: la migración en la época posterior a la Guerra Fría

ESTE LIBRO ha señalado que la migración internacional es una constante, no un extravío, en la historia humana. Los movimientos poblacionales siempre han acompañado el crecimiento demográfico, el cambio tecnológico, el conflicto político y la guerra. En los últimos cinco siglos, las migraciones masivas han desempeñado un papel importante en el colonialismo, la industrialización, el surgimiento de los estados-nación y el desarrollo del mercado mundial capitalista. Sin embargo, la migración internacional nunca ha tenido el alcance ni ha sido tan significativa socioeconómica y políticamente como lo es ahora. Nunca antes los jefes de Estado han dado tal prioridad a las preocupaciones por la migración. Jamás en el pasado la migración internacional ha parecido tan pertinente para la seguridad nacional, ni se ha visto tan conectada con el conflicto y el desorden en una escala global. La violencia del 11 de septiembre de 2001, de la que el secretario de Estado Colin Powell afirma que marcó el comienzo de una nueva era en las relaciones internacionales, ofreció un mudo testimonio de estas tendencias centrales.

La piedra de toque de la era de la migración es el carácter global de la migración internacional: la manera en que afecta a cada vez más países y regiones y sus vínculos con intrincados procesos que afectan al mundo entero. Este libro se ha propuesto elucidar las causas principales, los procesos y los efectos de la migración internacional. Los patrones contemporáneos, según se discutió en los capítulos 3, 5 y 6 están enraizados en relaciones históricas y se conforman por una multitud de factores políticos, demográficos, socioeconómicos, geográficos y culturales. Estos flujos tienen como resultado una mayor diversidad étnica dentro de los países, además una profundización de los vínculos internacionales entre estados y sociedades. Las migraciones internacionales se ven afectadas en gran parte por las políticas gubernamentales, y de hecho pueden precipitarse por las decisiones de contratar trabajadores extranjeros o de admitir refugiados.

Aun así, las migraciones internacionales pueden también poseer un cierto grado de autonomía y no responder a las políticas gubernamentales. Como he-

mos visto, las políticas oficiales son incapaces con frecuencia de alcanzar sus objetivos e incluso pueden causar lo contrario de lo que se proponen. Las personas y los gobiernos dan forma a la migración internacional. Las decisiones que toman los individuos, las familias y las comunidades –a menudo con bases en información imperfecta y opciones limitadas– desempeñan un papel vital para determinar la migración y el establecimiento. Las redes sociales que surgen a lo largo del proceso migratorio ayudan a generar consecuencias a largo plazo. Los agentes e intermediarios que conforman la floreciente “industria de la migración” pueden tener sus propios intereses y propósitos. A pesar del crecimiento de los movimientos migratorios y de la fuerza de los factores que los desencadenan, la resistencia a la migración también crece en importancia. Grandes sectores poblacionales de los países receptores pueden oponerse a la inmigración. En ocasiones, los gobiernos reaccionan adoptando estrategias de negación, a la espera de que los problemas se terminen si se les ignora. En otras instancias se han realizado deportaciones y repatriaciones masivas. Los gobiernos presentan una gran variación en su capacidad de regular la migración internacional y en la credibilidad de sus esfuerzos por regular la migración no autorizada.

En el capítulo 1 proporcionamos algunas perspectivas teóricas sobre las razones por las que se dan las migraciones internacionales, además, discutimos cómo a menudo conducen al establecimiento permanente y a la formación de grupos étnicos distintos en las sociedades receptoras. Sugerimos que el proceso migratorio necesita entenderse en su totalidad como un sistema complejo de interacciones sociales, con un amplio rango de estructuras institucionales y redes informales, tanto en los países de origen como en los receptores, además de las que se dan en el nivel internacional. En un contexto democrático, la admisión legal de los migrantes casi siempre dará como resultado algún establecimiento, incluso cuando los migrantes son admitidos en forma temporal.

La comparación de dos países de inmigración muy diferentes –Australia y Alemania– en el capítulo 8, mostró cómo el proceso migratorio adopta sus propias dinámicas, conduciendo algunas veces a consecuencias imprevistas y no deseadas por los diseñadores de políticas. La aceptación de la aparente fatalidad del establecimiento permanente y la formación de grupos étnicos es el punto de partida necesario para cualquier consideración significativa de políticas públicas deseables. La clave para un diseño adecuado de políticas en este ámbito (como en otros) es comprender las causas y dinámicas de la migración internacional. Las políticas basadas en la incompreensión o en la simple ilusión están condenadas a fracasar. De ahí que si los gobiernos deciden admitir trabajadores extranjeros, deben, desde el principio, dar lugar a la posibilidad del establecimiento legal de quienes entran y, que es casi seguro

permanecerán en forma definitiva: una consideración que debe ser tomada en serio por los gobiernos de países tan distintos como Japón, Malasia, Italia y Grecia en la actualidad.

Hoy en día, los gobiernos y las personas en los países de inmigración tienen que enfrentar varios dilemas bastante serios. Las respuestas que instrumenten les ayudarán a conformar el futuro de sus sociedades, al igual que sus relaciones con los países más pobres del sur. Los temas centrales incluyen:

- La regulación de la inmigración legal y la integración de quienes se establezcan;
- Las políticas para tratar la migración ilegal;
- Encontrar “soluciones durables” a la presión de la emigración a través de mejores relaciones internacionales;
- El papel de la diversidad étnica en el cambio social y cultural y sus consecuencias para el Estado-nación.

Migración legal e integración

Prácticamente todos los estados democráticos, al igual que muchos que no lo son tanto, tienen poblaciones extranjeras crecientes. Como se mostró en los capítulos 3, 5 y 6, la presencia de los inmigrantes, por lo general se debe a un reclutamiento conciente de trabajadores, o a políticas de inmigración, o a la existencia de varios vínculos entre los países de origen y los receptores. En algunos casos (de manera notable Estados Unidos, Canadá y Australia), todavía existen políticas de inmigración a gran escala. Invariablemente éstas son selectivas: los migrantes económicos, los miembros de la familia y los refugiados son recibidos de acuerdo con ciertas cuotas políticamente determinadas.

Hay evidencia considerable en el sentido de que los ingresos planeados y controlados conducen a condiciones sociales aceptables para los migrantes, al igual que a una relativa paz social entre los migrantes y la población local. Los países con sistemas de inmigración por cuotas, con frecuencia deciden sobre ellos a través de procesos políticos que permiten la discusión pública y el equilibrio de intereses entre diferentes grupos sociales. La participación en la toma de decisiones incrementa la aceptabilidad de los programas de inmigración. Al mismo tiempo, esta perspectiva facilita la introducción de medidas para evitar la discriminación y la explotación de los migrantes, además para otorgarles servicios sociales que los apoyen en un establecimiento exitoso. Hay, por lo tanto, fuertes razones a favor de que se promueva el que los países que en la actualidad reciben inmigrantes avancen hacia políticas de inmigración planeadas.

Como se mostró en el capítulo 9, las obligaciones gubernamentales hacia las poblaciones inmigrantes toman forma por la naturaleza del sistema político en la sociedad anfitriona, al igual que por el modo de entrada de los recién llegados. Los gobiernos gozan de un derecho internacionalmente reconocido para regular la entrada de extranjeros, mismo que puede limitarse de manera voluntaria a través de la firma oficial de acuerdos bilaterales o multilaterales (por ejemplo en el caso de los refugiados). Es claro que hay una diferencia si el extranjero ha llegado a un territorio a través de medios legales o no. En principio, el curso adecuado de acción con respecto a los residentes extranjeros legalmente admitidos en una democracia es bastante claro. Debe concedérseles en forma rápida derechos socioeconómicos en una base de igualdad y una gran porción de libertad política, ya que de otra forma su estatus disminuiría la calidad de la vida democrática en sociedad. Sin embargo, a menudo este principio se ignora en la práctica. Como se mostró en los capítulos 4, 7 y 10, la inmigración y el empleo no autorizados los hacen especialmente vulnerables a la explotación. La legitimidad percibida de su presencia puede promover el conflicto y la violencia antiinmigrante.

El estilo de política basado en los trabajadores huéspedes tiene restricciones sobre el empleo y la movilidad residencial de los extranjeros legalmente admitidos; éstas parecen anacrónicas y administrativamente irrealizables. Son difíciles de reconciliar con los principios de mercado prevalecientes, por no decir de las normas democráticas. Lo mismo pasa con las restricciones a los derechos políticos. La libertad de expresión, de asociación y de reunión deben ser incuestionables. Bajo circunstancias normales de cooperación internacional no hay razón para restringir la capacidad de los inmigrantes recientes para participar en el sistema político de su terruño. La única restricción a los derechos legalmente admitidos, que parece compatible con los principios democráticos, es la de reservar a los ciudadanos el derecho al voto y el derecho a ocupar un puesto público. Esto sólo es justificable si a los extranjeros se les concede la oportunidad real de naturalización sin engorrosos procedimientos o altos precios. Pero, incluso entonces, algunos residentes extranjeros quizás decidirán no convertirse en ciudadanos por razones varias. Un sistema democrático necesita asegurar también su participación política. Esto puede significar el establecimiento de cuerpos representativos especiales para no ciudadanos residentes, o ampliar los derechos al voto a no ciudadanos que cubran los criterios de duración de la estancia (como en Suecia y en Holanda).

El carácter global de la migración internacional trae como resultado la convivencia y cohabitación de personas de contextos físicos y culturales cada vez más diversos. La severidad de los problemas de integración es altamente durable. En algunos casos, las autoridades públicas pueden considerar innecesario

diseñar políticas para facilitar la integración. En la mayoría, sin embargo, son necesarias medidas específicas y selectivas, con el fin de limitar el desarrollo de identidades socioeconómicas, culturales o políticas que puedan tornarse conflictivas. Es aquí donde los modelos multiculturales generados en Australia, Suecia y Canadá merecen un escrutinio cuidadoso. Lo que tienen en común es la aceptación de diversidad cultural y de los cambios sociales consecuencia de la inmigración. A los inmigrantes no se les fuerza a conformarse a un modelo cultural o lingüístico dominante, sino que pueden conservar sus idiomas nativos y su vida cultural si lo deciden así. La diversidad producida por la inmigración es vista como un enriquecimiento más que como una amenaza a la cultura predominante.

Una perspectiva multicultural mejora la vida democrática al permitir más opciones. Puede significar una redefinición de la ciudadanía para incluir los derechos culturales, junto con derechos civiles, políticos y sociales ampliamente aceptados. Con el paso del tiempo, se espera que la mayoría de los inmigrantes y sus hijos reconcilien su herencia cultural con la cultura prevaleciente y que ésta en cambio sea alterada de algún modo que tal vez la enriquecerá. El conflicto se habrá minimizado. No obstante, los modelos multiculturales tienen contradicciones y a menudo están sujetos a un debate acalorado y a la renegociación. Por ejemplo, el multiculturalismo puede proclamar el derecho de uso de una lengua materna, pero quienes no aprendan la lengua dominante pueden estar en desventaja en el mercado laboral. El mantenimiento de algunas normas culturales puede ser una forma de control social discriminatorio, en particular para las mujeres y los jóvenes. La línea divisoria entre la participación real del liderazgo étnico en la toma de decisiones y su cooperación a través del patrocinio de las agencias del gobierno puede ser bastante delgada.

Muchas personas argumentan que una aproximación explícitamente multicultural a la integración de los inmigrantes, puede no ser adecuada para todas las sociedades. Esto se aplica en particular a estados como Francia o Estados Unidos, que establecieron tradiciones de incorporación y asimilación de los inmigrantes. En estos países se cree que la integración política a través de la ciudadanía proporciona la precondition esencial para la integración social y cultural. Se piensa que las políticas culturales o sociales especiales para ellos perpetúan las distinciones y llevan a la formación de guetos. De ahí que el principio básico del modelo estadounidense es una política de descuido benigno (pero no impensado) en la esfera pública, y la confianza en el potencial integrador de la esfera privada: familias, barrios, organizaciones de solidaridad étnica y otros. No obstante, la formación de identidades raciales o étnicas en Estados Unidos y el aumento del conflicto étnico en Francia presentan ahora un desafío a tales aproximaciones.

Sin embargo, sea que se decida a favor de un descuido benigno o a favor de políticas multiculturales más explícitas, deben cubrirse ciertas precondiciones para evitar la marginación y aislamiento de las minorías. El Estado necesita adoptar medidas que aseguren que no haya un vínculo en el largo plazo entre el origen étnico y las desventajas socioeconómicas. Esto requiere de medidas legales para combatir la discriminación, políticas sociales que disminuyan las desventajas existentes y medidas educativas para asegurar oportunidades iguales y establecer la posibilidad de movilidad ascendente. El Estado también tiene la tarea de eliminar el racismo, combatir la violencia racial y, sobre todo, negociar con los grupos racistas organizados. Como se señaló en el capítulo 9, la discriminación y la violencia racistas son importantes factores que conllevan la formación de minorías étnicas en todos los países de inmigración examinados. Es claro que es muy necesaria la acción en esta área.

Regular la inmigración “no deseada”

Son escasos los prospectos de que en el corto o mediano plazos se den flujos significativamente crecientes de inmigración legal hacia las democracias occidentales. En Alemania y países similares, algunos observadores han sugerido que hay necesidad de acrecentar la inmigración para compensar las bajas tasas de natalidad y una población de mayor edad: los trabajadores extranjeros podrían aportar la mano de obra para el cuidado de los ancianos y otros servicios, al igual que para la industria de la construcción. Pero la inmigración no puede contrarrestar de manera efectiva el envejecimiento demográfico de las sociedades occidentales a menos que realmente se incremente de manera sustancial. Las limitaciones políticas no lo permitirán. Habrá cierto margen para la mano de obra altamente calificada, para la reunificación familiar y para los refugiados, pero no para un reavivamiento del reclutamiento masivo de trabajadores extranjeros que laboren en los puestos de bajo nivel. La mayoría de las democracias industriales tendrán que luchar para dar empleo adecuado a las poblaciones existentes de ciudadanos con baja capacitación y a los trabajadores extranjeros residentes. La situación, en general adversa del mercado de trabajo hará políticamente controvertido cualquier reclutamiento de mano de obra extranjera.

En la actualidad, uno de los desafíos más fuertes para muchos países es, por lo tanto, encontrar maneras de lidiar con flujos migratorios “no deseados”. La “migración no deseada” es un término ambiguo bastante amplio que incluye:

- a quienes cruzan la frontera de manera ilegal;
- a quienes entran legalmente pero permanecen más allá de lo permitido por sus visas o que trabajan sin permiso;

- miembros de la familia de los trabajadores migrantes que no pueden entrar legalmente por las restricciones en la reunificación familiar;
- solicitantes de asilo a los que no se considera refugiados genuinos.

La mayoría de esos migrantes vienen de países pobres y buscan empleo, pero por lo general carecen de calificación laboral. Esos trabajadores compiten en desventaja con la población local por los empleos no calificados, así como por la vivienda y servicios sociales. En los últimos 30 años, aproximadamente, muchas regiones del mundo han tenido un enorme incremento en esa “inmigración no deseada”. Claro que ésta no siempre es tan “indeseada” como se dice, ya que los patrones con frecuencia se benefician de los trabajadores con bajos sueldos, además, carecen de derechos y algunos gobiernos permiten tácitamente tales movimientos. Sin embargo, con frecuencia se ve a dicha inmigración en la base de los miedos públicos a las llegadas masivas. Es, por ende, un catalizador del racismo pues se encuentra en el centro de la agitación de la extrema derecha.

Los gobiernos consideran cada vez con mayor frecuencia detener la “inmigración no deseada” para salvaguardar la paz social. En Europa occidental, el resultado ha sido una serie de acuerdos diseñados para asegurar la cooperación internacional que detenga las entradas ilegales, y agilice el procesamiento de las solicitudes de asilo (véanse capítulos 3, 4 y 5). En Estados Unidos, Canadá y Australia se han adoptado también medidas para que mejore el control de las fronteras y se resuelvan más rápido las solicitudes de asilo. Varios países africanos y asiáticos han llevado a cabo medidas draconianas, como expulsiones masivas de trabajadores extranjeros (por ejemplo, Nigeria, Libia, Malasia), la construcción de cercas y muros a lo largo de las fronteras (Sudáfrica, Israel, Malasia), castigos severos para quienes ingresan de manera ilegal (corporales en Singapur; prisión o prohibición de entradas posteriores en muchos países) y sanciones contra los patronos (Sudáfrica, Japón y otros países). Además, en Italia, algunos países árabes y otros lugares, la policía lleva a cabo castigos no oficiales, entre ellos golpes en forma rutinaria. Como se vio en el capítulo 4, la efectividad de estas medidas es difícil de evaluar; sin embargo, la migración no autorizada sigue siendo una preocupación clara en todas partes.

No se necesita mucha imaginación para entender la dificultad de lograr un control efectivo. Las barreras a la movilidad contradicen las poderosas fuerzas de la globalización que llevan hacia un mayor intercambio económico y cultural. En una economía cada vez más internacional, es difícil abrir las fronteras a movimientos de información, mercancías y capital pero cerrárselas a la gente. La circulación global de la inversión y los conocimientos significa siempre que haya también movimientos de personas. Además, los flujos de personal alta-

mente calificado tienden, de igual forma, a estimular los flujos de trabajadores menos calificados. Los instrumentos de vigilancia fronteriza no pueden ser lo suficientemente afinados como para permitir la entrada sólo a aquellos que se desean y detener a todos los que no.

El asunto se complica más debido a varios factores: la disposición de los patronos para emplear a trabajadores extranjeros (con o sin documentos) para trabajos menores cuando los nacionales no tienen deseos de ocupar tales posiciones; la dificultad de responder adecuadamente a las peticiones de asilo y distinguir a los migrantes con motivos económicos de aquellos que merecen la condición de refugiados; y las obsolescencias e insuficiencias de la ley de inmigración. El debilitamiento de la organización de los trabajadores y el decremento en la membresía de los sindicatos en muchas democracias occidentales, tiende a incrementar también el empleo de extranjeros sin autorización. Igualmente, las políticas dirigidas a reducir la falta de flexibilidad del mercado de trabajo y a promover la competitividad pueden resultar en una mayor contratación, por parte de los patronos, de trabajadores extranjeros. Las políticas de bienestar social tienen también consecuencias no esperadas, al hacer más propicio el empleo de trabajadores extranjeros no autorizados.

De ahí que a pesar del deseo de los gobiernos por detener la migración ilegal, muchas de sus causas se encuentran en las estructuras políticas y sociales de los países de inmigración y en sus relaciones con áreas menos desarrolladas. Esto ha llevado a la necesidad de encontrar “soluciones duraderas” para atacar las causas subyacentes a la migración masiva. Pero no es probable que tales medidas traigan consigo una reducción rápida en la “inmigración no deseada”. En el actual clima político no hay duda de que los países receptores continuarán regulando la migración y haciendo intentos por evitar la inmigración ilegal. Esto requerirá invertir más personal y recursos presupuestarios que en el pasado en la puesta en práctica de sanciones contra los patronos y la adjudicación de derechos de asilo. La aplicación de las leyes de inmigración probablemente tendrá una mayor prioridad en el futuro, aunque sea por el temor creciente sobre las consecuencias políticas de la continuación de migración ilegal y las implicaciones para la seguridad. Queda por ver qué tan exitosas pueden ser tales medidas.

Soluciones duraderas y relaciones internacionales

Es claro que la migración internacional no es la solución a las diferencias entre el norte y el sur. La migración no resolverá el problema de desempleo en el norte de África, ni reducirá de manera notable la diferencia en el ingreso y el salario entre Estados Unidos y México, ni tendrá un impacto significativo en

la pobreza rural en la India. La única esperanza realista a largo plazo para reducir la migración internacional reside en un desarrollo de bases amplias, sostenible en los países menos desarrollados, permitiendo que el crecimiento económico se sincronice con el crecimiento en la población y la fuerza de trabajo. Una conciencia creciente en los países altamente desarrollados, de que el control fronterizo por sí sólo no podrá detener la “migración no deseada”, ha llevado a la discusión de las “soluciones durables” a fin de lograr una reducción a largo plazo de las presiones migratorias. Tales medidas son de una amplia gama y están vinculadas estrechamente con el debate sobre las estrategias de desarrollo para los países del sur. Incluyen una política comercial, la asistencia para el desarrollo, la integración regional y las relaciones internacionales.

La reforma de las políticas de intercambio podría ayudar a estimular el crecimiento económico en los países menos desarrollados. El tema más importante es el nivel de los precios de las materias primas en comparación con los productos industriales. Ello está ligado con las limitaciones en el comercio mundial a través de tarifas y subsidios. La conclusión de la ronda de Uruguay del AGCA y la formación de la OMC en 1994-1995, puede ayudar a mejorar las perspectivas de comercio de los países menos desarrollados, aunque es difícil tener la certidumbre, ya que Estados Unidos, Japón y la Unión Europea insistieron en garantías para sus propios productores de materias primas. La reforma al proyecto europeo común de la agricultura podría traer consigo importantes beneficios para los países menos desarrollados. Pero las políticas comerciales, en general, operan dentro de límites políticos muy estrechos: pocos políticos desean confrontar a los agricultores, trabajadores o empresarios de su país, en particular en tiempos de recesión económica. Las reformas favorables para las economías de los países menos desarrollados sólo se darán gradualmente, si es que llegan a concretarse.

La ayuda para el desarrollo es una segunda estrategia que pudiera ser útil para disminuir la migración “no deseada” en el largo plazo. Algunos estados tienen buenas credenciales al respecto, pero la ayuda internacional casi nunca se ha dado en un nivel suficiente como para impactar en realidad sobre los problemas del subdesarrollo. En efecto, el saldo de casi cinco décadas de políticas de desarrollo no es positivo. Aunque algunos países se las han arreglado para lograr un crecimiento sustancial, por lo general se ha incrementado la diferencia entre los países pobres y los ricos. La distribución del ingreso dentro de los países del sur se ha hecho más desigual, aumentando la distancia entre las élites pudientes y las masas empobrecidas. Los problemas del rápido crecimiento demográfico, el estancamiento económico, la degradación ecológica, los estados débiles y la violación de los derechos humanos todavía afecta a muchos países de África, Asia y América Latina. Además, el control de los recursos finan-

cieros mundiales por cuerpos como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial derivaron en políticas de crédito que han incrementado la dependencia y la inestabilidad de muchos países del sur.

La integración regional –creación de áreas de libre comercio y comunidades políticas regionales– algunas veces es vista como una forma de disminuir la migración “no deseada”, al reducir las barreras en el comercio y promover el crecimiento económico; lo mismo que al legalizar el movimiento internacional de mano de obra. Pero la integración regional exitosa, con frecuencia se da entre estados que comparten valores políticos y culturales; que además, se parecen entre sí en lo económico. En consecuencia, como se vio en el capítulo 4, la unidad de integración regional más exitosa en el mundo, la Unión Europea, ha visto poca movilidad laboral entre sus estados-miembros.

Quizás el impacto del 11 de septiembre del 2001, y el llamado posterior de Anan, secretario de las Naciones Unidas, para responder al ataque disminuyendo las disparidades globales, brinden la motivación para lograr un cambio real a través de la cooperación internacional. Lo que significaría restringir el intercambio internacional de armamento, modificar las condiciones de *intercambio* entre el norte y el sur y cambiar los sistemas financieros mundiales, de modo que estimulen una transferencia real de recursos de los países ricos a los pobres, en vez de que sea sólo en el otro sentido, como ocurre ahora. Significaría, además, basar los programas de ayuda para el desarrollo en los criterios de derechos humanos, protección ambiental, sustentabilidad ecológica e igualdad social.

No obstante, independientemente de qué tan exitosas puedan ser tales políticas –que tristemente, parecen utópicas a la luz del actual desorden mundial– éstas no traerán consigo reducción substancial de la migración internacional en el corto plazo. Como se mostró en los capítulos 2, 5 y 6, el efecto inicial del desarrollo y la integración en el mercado mundial es incrementar la migración desde los países menos desarrollados. Esto se da porque las primeras etapas del desarrollo tienen como resultado una migración del contexto rural al urbano, y a la adquisición, por parte de muchas personas, de los recursos financieros y culturales necesarios para la migración internacional. La “transición migratoria” –con la cual cesa la emigración y eventualmente es reemplazada por la inmigración– requiere de condiciones demográficas y económicas específicas, que pueden llevar generaciones para su desarrollo. Ni las medidas restrictivas ni las estrategias de crecimiento pueden evitar totalmente la migración internacional, cuando menos en el corto plazo, porque existen fuerzas muy poderosas que estimulan el movimiento poblacional. Éstas incluyen la ascendente difusión de la cultura global y el incremento de los movimientos de cruce de fronteras por las ideas, el capital, las mercancías y las personas. La comunidad mundial tendrá que aprender a vivir con los movimientos masivos de población por el futuro previsible.

Diversidad étnica, cambio social y el Estado-nación

La era de la migración ha cambiado al mundo y muchas de sus sociedades. La mayor parte de los países altamente desarrollados culturalmente, así como de los menos, se ha vuelto más diversa de lo que fue hace apenas una generación. Gran proporción, y podría decirse que la mayoría de los estados-nación deben enfrentar la realidad del pluralismo social. De hecho, pocas naciones modernas alguna vez han sido étnicamente homogéneas. Sin embargo, el nacionalismo de los últimos dos siglos luchó por crear los mitos de la homogeneidad. En sus formas extremas, intentó, además, establecerla a través de la expulsión de las minorías y del genocidio. El impresionante espectáculo de la “limpieza étnica” en las ruinas de la antigua Yugoslavia, muestra que todavía existen tales tendencias. Pero la realidad es que en el presente, la mayoría de los países deben enfrentarse con un nuevo tipo de pluralismo, y que –incluso si la migración pudiera detenerse mañana– éste afectaría a sus sociedades por generaciones.

Una razón por la cual la inmigración y el surgimiento de los nuevos grupos étnicos ha tenido tal impacto en la mayoría de los países altamente desarrollados, es que estas tendencias han coincidido con la crisis de la modernidad y la transición a las sociedades posindustriales. La migración laboral del periodo previo a 1973, parecía en ese momento reforzar el dominio económico de las antiguas naciones industriales. Hoy podemos interpretarla como parte de un proceso de acumulación de capital que precedió a un cambio primordial en la economía mundial. La creciente movilidad internacional del capital, la revolución electrónica, el descenso de las antiguas áreas industriales y el surgimiento de nuevas, son factores que han conducido a un rápido cambio económico en Europa occidental, América del norte y Australia. La erosión de la vieja clase obrera y el incremento en la polarización de la fuerza de trabajo han llevado a una crisis social en la que los inmigrantes se encuentran en doble riesgo: muchos de ellos sufren desempleo y marginación social, pero al mismo tiempo se les retrata como la causa de los problemas. Tal es la razón por la que el surgimiento de la “sociedad de los dos tercios”, donde los estratos superiores son pudientes, mientras que el tercio más bajo es socialmente excluido, se acompaña por el surgimiento del racismo y la generación de guetos ocupados por los que están en desventaja.

Lo anterior en ninguna parte es más evidente que en las ciudades globales de finales del siglo XX. Los Ángeles, Toronto, París, Londres, Berlín y Sydney –por nombrar algunas– son encrucijadas del cambio social, el conflicto político y la innovación cultural. Estas ciudades están marcadas por enormes diferencias: entre las élites corporativas y los trabajadores del sector informal

que les sirven; entre los suburbios ricos bien resguardados y los decadentes barrios centrales plagados de actos criminales; entre los ciudadanos de los estados democráticos y los no ciudadanos ilegales; entre las culturas dominantes y las culturas de las minorías. Estas diferencias pueden sintetizarse como aquellas existentes entre la inclusión y la exclusión. Los incluidos son quienes se ajustan a la propia imagen de una sociedad próspera, tecnológicamente innovadora y democrática. Los excluidos son el lado oscuro: aquellos necesarios para realizar los trabajos menores en la industria y los servicios, pero que no se ajustan a la ideología del modelo.

Ambos grupos incluyen a nacionales e inmigrantes, aunque los segundos tienen más probabilidades de pertenecer a los excluidos. A pesar de todo, los grupos están más estrechamente interconectados de lo que quisieran creer: la élite corporativa necesita de los inmigrantes ilegales, los prósperos habitantes de los suburbios necesitan de los habitantes de las favelas a los que tanto temen. A partir de este carácter contradictorio y múltiple de la ciudad posmoderna es que surgen su enorme energía, su dinamismo cultural y su capacidad de innovación. Pero estos elementos coexisten con un potencial para el resquebrajamiento social, el conflicto, la represión y la violencia. Es aquí donde la compleja interacción social y cultural entre diversos grupos étnicos puede en el futuro dar lugar a nuevas formas de sociedad.

La nueva diversidad étnica afecta a las sociedades de muchas maneras. Entre las más importantes se encuentran aquellas que se relacionan con los temas de la participación política, el pluralismo cultural y la identidad nacional. Como se mostró en el capítulo 10, la inmigración y la formación de grupos étnicos ya han tenido grandes efectos políticos en la mayor parte de los países desarrollados. Estos efectos son potencialmente desestabilizadores. La única solución parece consistir en ampliar la participación política para incluir a los grupos inmigrantes, lo que a su vez puede significar repensar la forma y el contenido de la ciudadanía y separarla de las ideas de homogeneidad étnica y asimilación cultural.

Esto lleva al tema del pluralismo cultural. Los procesos de marginación y aislamiento de los grupos étnicos han avanzado tanto en muchos países, que la cultura se ha convertido en una marca de exclusión por parte de algunos sectores de la población mayoritaria, y en mecanismo de resistencia por las minorías. Incluso si se llevaran a cabo intentos serios por terminar con todas las formas de discriminación y racismo, la diferencia cultural y lingüística permanecerá por generaciones, en especial si se da una nueva inmigración. Esto significa que las poblaciones mayoritarias deberán aprender a vivir con el pluralismo cultural, aun cuando signifique modificar sus propias expectativas acerca de las normas aceptables de comportamiento y de conformidad social.

Este movimiento hacia el pluralismo cultural corresponde a la emergencia de una cultura global, que se alimenta por los viajes, los medios masivos y la mercantilización de los símbolos culturales, al igual que por la migración. Esta cultura global dista mucho de ser homogénea, pero el universo de variaciones que permite tiene un nuevo significado, en comparación con las culturas étnicas tradicionales: la diferencia no necesita ya ser una marca de lo extraño y de la separación, sino en cambio una oportunidad para realizar opciones informadas entre una miríada de posibilidades. La nueva cultura global es, por lo tanto, apasionadamente sincrética, lo que permite combinaciones infinitas de elementos con diversos orígenes y significados. El obstáculo principal para la difusión de la cultura global es que coincide con una crisis política, económica y social en muchas regiones. Donde el cambio es rápido y amenazante, las culturas tradicionales estrechas parecen ofrecer un cierto grado de defensa. De ahí el resurgimiento del nacionalismo excluyente en áreas como la ex Unión Soviética y ex Yugoslavia, que habían estado aisladas tanto tiempo de las influencias globales. El cambio, ahora que ha llegado, se experimenta como un cataclismo. De ahí el resurgimiento del racismo en sociedades altamente desarrolladas, entre aquellos grupos que acabaron por ser las principales víctimas de la reestructuración económica y social.

Es claro que las tendencias hacia la inclusión política de las minorías y el pluralismo cultural, pueden amenazar la identidad nacional, en especial en los países en los que ésta se ha construido a partir de formas de exclusión. Si las ideas de pertenencia a una nación han estado basadas en mitos de pureza étnica o de superioridad cultural, entonces, realmente están amenazadas por el crecimiento de la diversidad étnica. Sea que la comunidad de una nación esté basada en pertenecer a un *Volk* (como en Alemania), sea que esté basada en una cultura unitaria (como en Francia); la diversidad étnica requiere de manera inevitable, ajustes políticos y psicológicos importantes. El cambio es mucho menor para los países que se han visto a sí mismos como naciones de inmigrantes, ya que sus estructuras políticas y modelos de ciudadanía están dirigidos a la incorporación de los recién llegados. Empero, estos países también tienen tradiciones históricas de exclusión racial y homogeneización cultural que todavía tienen que ser elaboradas. La asimilación de los inmigrantes, como se muestra de manera notable en el “sueño americano”, parece menos viable en vista de los continuados movimientos de población, además de las fuertes tendencias hacia el mantenimiento cultural y lingüístico por las comunidades étnicas.

Esto significa que todos los países de inmigración tendrán que revisar su concepción de lo que significa pertenecer a sus sociedades. Los modelos monoculturales y asimilacionistas de la identidad nacional ya no pueden ser adecuados para la nueva situación. Los inmigrantes quizás tienen capacidad de lle-

var a cabo una contribución especial al desarrollo de nuevas formas de identidad. Parte de la condición migrante es desarrollar identidades múltiples, las que están vinculadas con las culturas, tanto del terruño como del país de destino. Dichas identidades personales incluyen nuevos y complejos elementos transculturales.

Los inmigrantes no son únicos en este renglón; las identidades múltiples se están convirtiendo en una característica casi general de la población de las sociedades modernas tardías. Pero son, sobre todo, los migrantes quienes se ven obligados por su situación, a tener identidades socioculturales en varios niveles; los que están en un constante estado de transición y renegociación. Además, desarrollan a menudo conciencia de su posición transcultural, la que se refleja no sólo en su trabajo cultural y artístico, sino también en la acción social y política. A pesar de los actuales conflictos en torno a los efectos de la diversidad étnica en las culturas e identidad nacionales, la inmigración ofrece perspectivas para el cambio. Debe existir la esperanza de que puedan surgir nuevos principios de identidad, los que no serán ni excluyentes ni discriminatorios, que proporcionarán la base para una mejor cooperación intergrupala. Además, las capacidades políglotas y la comprensión intercultural, comienzan a ser vistas como importantes recursos económicos en el contexto de comercio internacional e inversión.

De manera inevitable, las identidades transculturales afectarán nuestras estructuras políticas fundamentales. El Estado-nación democrático es una forma política bastante reciente, que se generó con las revoluciones americana y francesa y que logró dominio global en el siglo XIX. Se caracteriza por principios que definen la relación entre el pueblo y el gobierno, la que está mediada a través de la institución de la ciudadanía. El Estado-nación fue una fuerza innovadora y progresista en su nacimiento porque era incluyente y definía a los ciudadanos como sujetos políticos libres vinculados entre sí por estructuras democráticas. Pero el nacionalismo posterior de los siglos XIX y XX dio una vuelta entera a la ciudadanía al igualarla con la membresía en un grupo étnico dominante definido por líneas biológicas o culturales. En muchos casos, el Estado-nación se convirtió en un instrumento de exclusión y represión.

Los estados nacionales, para bien o para mal, es muy probable que se prolonguen. Pero la integración económica y cultural globales y el establecimiento de acuerdos regionales para la cooperación económica y política están minando la exclusividad de las lealtades nacionales. La era de la migración podría verse marcada por la erosión del nacionalismo y el debilitamiento de las divisiones entre los pueblos. Hay que admitir que existen tendencias que van en el otro sentido, como el racismo o el resurgimiento del nacionalismo en ciertas áreas. Las transformaciones por venir, tal vez sean dispares y es posible que

haya retrocesos, de manera especial en el evento de crisis económicas o políticas. Pero las tendencias centrales inevitables son la creciente diversidad étnica y cultural de la mayoría de los países, el surgimiento de redes transnacionales que vinculan las sociedades e emigración con los países de inmigración y el crecimiento del intercambio cultural. La globalización de la migración da pie al optimismo, porque genera cierta esperanza de unidad creciente en la manera de tratar los problemas que agobian a nuestro pequeño planeta.

